

**HERMENÉUTICA RECONSTRUCTIVA PARA UN
SABER PSICOLÓGICO
INVESTIGACIÓN EPISTÉMICA-PEDAGÓGICA**

GERMAN GUARIN JURADO

**UNIVERSIDAD DE MANIZALES
FACULTAD DE PSICOLOGIA
JUNIO DE 2005**

PRESENTACIÓN

Este texto es el producto de una investigación epistémica-pedagógica al currículo de la Facultad de Psicología de la Universidad de Manizales realizada a partir del año 2000, coincidentalmente en el umbral de una centuria a otra, de un milenio a otro, cuando en medio de movimientos apocalípticos propios de todo fin de siglo también se renuevan las esperanzas, se reconfiguran las fuerzas interpretativas del mundo. En palabras de Fernando Savater, tiempos de mitos, fantasmas, de ilusión y miedos, temores y terrores. Tiempos, también, de ídolos.

El saber psicológico está entre estos tiempos, el estatuto mismo de la psicología está en cuestión al través de ídolos, mitos y fantasmas; en razón, igual de la discusión sobre la pertinencia social de su conocimiento, de su efecto pragmático, pero sobre todo, en razón del conjunto de acontecimientos totales de mundo que al parecer hacen que el hombre del siglo prevenga su futuro no sin incertidumbres, no sin sentimientos de abandono, caos, indeterminación, producto al parecer de un vacío existencial propio de la época. Lo que de la psicología se sabe y se dice, lo que de ella se teoriza y se enseña, pende de lo que se asoma al sentido humano de realidad como cuadro-conjunto, cuadro de complejidad.

Cabe mencionar y comentar, basándose en Savater, algunos de esos mitos y fantasmas de nuestro tiempo que componen el cuadro-conjunto complejo que urge comprender no sólo a la psicología sino a todas las ciencias; el fantasma de la homogenización es un peligro avistado dentro del marco de una sociedad mass mediática, de una sociedad del consumo, de una sociedad de la información y el conocimiento bajo un patrón económico capitalista, bajo un régimen de mercado, bajo un modelo democrático formal, bajo un esquema y práctica de la guerra. El fantasma sugiere la idea, incluso, de un lenguaje lógico universal y perfecto logrado gracias a la informática, los sistemas y las telecomunicaciones. En psicología por ejemplo, se habla de una integración síquica al mercado, resultado de esta impronta homogenizante de sistemas síquicos y culturas síquicas que forman parte de una elevada conciencia superior tecnocrática cuyo producto son los sistemas de gestión de la docencia, la investigación y la proyección social.

El fantasma del terrorismo está ligado a síndromes del miedo y el terror; al temortemblo de una conciencia moral cuya humanidad es supuestamente bárbara y autodestructiva, a lo cual subyace la idea de lograr la paz perpetua, a derecha e izquierda, a centro, implementando la solución final, la guerra de todas las guerras, la última guerra, el acto guerrero que per se, por su capacidad aniquiladora y de extinción puede establecer un mundo cosmopolita pacífico.

En mucho, la idea de un sujeto psíquico, es la idea de un sujeto residual, mínimo, arrinconado, opacado, apocopado por la homogenización y el terrorismo. Lo que somos como sujetos es lo poco que queda de nosotros mismos, como residuo existencial fenomenológico, como presencia histórico-social y socio-cultural confinada. Esto ya no tanto por la naturalización o materialización de la conciencia, por la cosificación del yo, cuanto que por la restricción de ella a una economía política de la verdad científica del capitalismo, a una economía libidinal, a una globalización del sujeto confinado, apático, temeroso, del sujeto sintomático enfermo, neurótico y paranoide, obsesivo y esquizo.

El fantasma ecológico es el de la destrucción del planeta; el desgaste de la capa de ozono, el descongelamiento de los glaciares, el recalentamiento de la tierra, el efecto invernadero, la selva industrial, la agresión tecnocientífica, las migraciones rurales-urbanas –de país a país y de continente a continente-; las guerras totales, preventivas, aparecen como fenómenos de alto riesgo para la supervivencia de la especie. Toma fuerza la idea de una psicología del desastre, en medio de tragedias

humanas naturales y no naturales, esto es, biológicas y sociales que llevan a pensar no sólo la remediación del desastre sino en su propia prevención. No obstante una cultura de la pobreza se agudiza en las figuras de las víctimas, de los desplazados, de los sobrevivientes de la catástrofe, y la psicología no logra encontrar el camino distinto al del acunamiento y la intervención clínica y terapéutica.

El fantasma de la posesión tecnoquímica es el miedo a la narcolepsia, es el miedo a la drogodependencia, es el miedo a la aniquilación biológica, a la degradación tecnocientífica, de algún modo, es también, el miedo al delirio psicótico de una comunidad, de una sociedad, de una humanidad que piensa la felicidad en religiones distintas, en emociones y sentimientos distintos, en lógicas distintas, en culturas distintas. La amenaza supuesta es la que conduce históricamente a excluir, a invadir, a desplazar, incluso a matar, por temor y sospecha.

Los fantasmas aludidos, en consecuencia, son el resultado de la tendencia a un propósito cultural de identidad simbólica cosmopolita, global, aun en medio del conjunto políglota que nos constituye lingüística y políticamente, étnicamente; aun en medio de la diversidad cultural que somos. Si la homogenización es relevante en la mundialización del mercado, si el terrorismo (incluso de estado) es concomitante con un síndrome del miedo en la imagen cosmopolita de la guerra, continuidad contemporánea del pathos apocalíptico y la desesperanza aprendida, si la globalización es una igualdad simbólica cultural, identitaria en medio de la diversidad, el psiquismo pensado es el de una psicología de masas, es el de una psicología del desastre, es el de una psicología del sujeto sintomático, éste un sujeto residual, mínimo, confinado frente a sistemas psíquicos y culturas psíquicas de elevada conciencia tecnocrática, todavía en el anonimato, la anomia, el miedo y la pobreza, en fin, un sujeto superviviente de la hecatombe humana.

De la enfermedad histórica del sujeto, de su pathos sintomático fácil se colige su muerte; dicha enfermedad-muerte se da al interior de la crítica a los principios fundacionales y de la crítica a los sistemas teóricos ideales de verdad demostrada y concluyente, verdad material y formal, verdad social. Pero no es sólo al interior de las teorías que el sujeto enferma y muere, es en la realidad histórico-social y socio-cultural, en hacinamientos, en campos de concentración, en cárceles, hospitales, clínicas y sanatorios, en escuelas, colegios y universidades, en el mundo cotidiano, en el sobrepreciado mundo de la vida, en los círculos mass mediáticos de información y comunicación, luego, ahora, en los sistemas teóricos bio-psico-sociales de magnífica conciencia tecnocrática, como en las prácticas de la invisibilización, el anonimato, el secuestro, la intimidación, la amenaza, el desplazamiento, la conminación al silencio. Cabe preguntar ¿a qué están llamando hoy los psicólogos psicología política, qué querrán decir con ello? Son fantasmas, miedos profundos, arraigados y abigarrados que en pertinencia de contexto, que en inteligencia general de contexto, obligan a la psicología a repensarse como saber de la psiqué o del psiquismo, de los sistemas psíquicos, de las culturas psíquicas y sociales, redefiniendo su objeto por encima de toda segmentación de comportamiento, conocimiento, reflexión y conciencia, inconciencia, de toda hiperespecialización de enfoque, de toda tipología o metodología restringida de investigación, de universalidad filosófica y/o generalización científica. Miedos en todo relacionados con el miedo a la muerte no sólo de los metarrelatos, del humanismo, de dios, de la razón y el hombre, del arte sino sobre todo del sujeto como categoría fundante y del sujeto concreto y vivo.

Lo que realmente está contemporaneizado es el fantasma de la xenofobia, del miedo al otro, de la heterofobia, del miedo a vivir juntos, que completa el paisaje apocalíptico; el problema de humanidad, la cuestión humana no es sólo asunto de subjetividad egológica, egocéntrica, paidocéntrica, logocéntrica, también lo es de una

subjetividad política de otredad que nos lleva a hablar de proxemia, vínculo, vecindad, co-subjetividad, intersubjetividad, conciudadanía, compañía y amistad. Está puesta en acto y en tiempo el miedo a la diferencia, a la divergencia, así se diga comprender la diversidad, la riqueza, la multiplicidad. Está actualizado el miedo a lo extraño, a lo extranjero que habita el sí mismo y el afuera de él, ignoto, anónimo y anómico, invisibilizado.

Lo paradójico de nuestros tiempos es que dichos fantasmas o miedos devienen a su vez mitos y esperanzas, cuando la modernidad y su propia metafísica idealista y objetiva muerden su cola; lo que produce temor es lo mismo que genera esperanza: la imagen capitalista del mundo, la imagen tecnocientífica del mundo, la imagen moral, la imagen guerrera, la imagen tecnocrática y ecológica, la imagen clínica, son el soporte de la idea de un mundo mejor, y la modernidad no deja de repetirse, de agotarse y agonizar en sus propios límites, dilemas y contradicciones, a riesgo de que su tiempo, de que su trasegar sea un círculo vicioso, un eterno retorno de lo mismo, no tanto un proyecto inconcluso, cuanto que un proyecto desgastado, un proyecto extenuado, crepuscular.

Complejo interpretar este conjunto de realidad o cualquier otro en un proceso de construcción curricular que en la Facultad de Psicología de la Universidad de Manizales se investiga a sí mismo; por ello el currículo, su investigación, son productos de conocimiento y ciencia dentro de lo que es una hermenéutica científica cuyo interés histórico-práctico es interpretar el curso de nuestros tiempos y poner a la psicología a la altura de los signos de hoy en una reconstrucción de sentido sobre su pretendida cientificidad, sobre su pretendido ethos político en modernidad. No habría que decir otra cosa ni decir más. De pronto, apenas

preguntar ¿es posible la psicología como ciencia reconstructiva y reconstruida? Asumida como ciencia experimental, como ciencia explicativa-causal, como ciencia comprensiva y crítico-social cabe preguntar ¿en qué consiste como ciencia reconstructiva, como ciencia histórico-práctica, crítica y creativa? Responder a esta inquietud es el acercamiento que se intenta en el libro que se presenta.

Una ciencia reconstructiva se pregunta por sus condiciones de posibilidad de presente en la historia; se pregunta, no tanto por su pasado o su futuro, por su novedad, sino por su actualidad, por su ponerse en obra, en acto, en relación a conjuntos de realidad. Se pregunta, por consiguiente, por su praxis, a partir de un theoros que en tanto sistema es sobre todo riesgo, viaje, aventura, odisea de complejidad, no apenas doctrina, que se aviene a conjugar la cultura humanista y la cultura científica y comprender por fin lo que en modernidad es ciencia humana y humanismo científico.

La dialéctica de suyo a los tiempos de la modernidad, a los tiempos mismos del saber psicológico en su pretensión de ser psicología, de ser ciencia moderna, esto es, las contradicciones mismas de una modernidad que gusta autolegitimarse, autopresentificarse, de una psicología que gusta de autoregenerarse en sus enfoques-tipo, en sus modos-tipos de investigar, en su enciclopedia taxonómica conminan a intentar salir de los círculos viciosos, de las historias cansadas, e intentar por lo mismo pro-poner, anticipar la diferencia, lo que a la par es pro-curar crearla.

¿Puede preguntarse por una psicología renovada? La pregunta ya pregunta por ella, y empieza a fundar el diferendo. Por eso, se dice de los fantasmas que devienen mitos, de los tiempos que devienen presente, presente potencial, en ese ir más allá de la dialéctica, de aventurarse a la diferencia, de aproximar la distancia de los tiempos por-venir, de derrumbar los muros lógicos, epistémicos y metodológicos, enciclopédicos, tal como se derrumban los muros políticos; cometido de ir más allá de los límites del conocimiento, de las fronteras del pensamiento, de esas demarcaciones-muro-obstáculo-barrera que junto a los dogmas de verdad, método y objetividad se

convierten en el círculo de protección de las ciencias y de las disciplinas científicas en el interés tecnocrático de fragmentar, de dividir para gobernar y para administrar.

Una ciencia reconstructiva es todavía dialéctica; entre el humanismo y la ciencia, la tradición y la novedad, el pasado y el futuro, no obstante se ubica en presente (el más anciano y joven de los tiempos), como en el instante en que se muere y se nace, remitiendo, al parecer, siempre a un síntoma, a una convalecencia (Gianni Vattimo. Las aventuras de la diferencia), queriendo desde allí llamar a venir la diferencia, un poco de manera torpe. Su mito psicológico principal es la salud, pero sólo entiende la enfermedad. Bien nos dice Hans Georg Gadamer que la salud en este sentido es el mayor enigma histórico de lo humano, y de enigma y fantasma, nos sugiere Fernando Savater, se convierte en mito.

Desde que se recoge el mito del humanitarismo, y con él se da crédito a la solidaridad con aquellos que adolecen de los satisfactores para sus necesidades básicas primarias, desde entonces la generosidad y el altruismo, valores del positivismo científico en su doctrina social, configuran la moral humana como el modo de conmiserarse, de asumir como propia la miseria humana a través del dolor, del sentimiento y la emoción trágica, triste, capaz de ayudar al otro, al semejante, a quien se le posiciona en el carácter de víctima, de damnificado, de desprotegido. El humanitarismo -nos dice Savater- atiende a los seres humanos en cuanto tales, sin distinciones de etnia, clase, género, edad, pues se identifica lo humano con la pertenencia común a una especie sin distinciones de convención cultural.

El humanitarismo sugiere la idea de que las fronteras son artificios, igual las culturas, las diferencias ideológicas o de otro orden, y que sólo es natural nuestra común pertenencia a la especie y la condición humana de un cuerpo y de una psique que sufre; para el humanitarismo si no coincidimos en principios sí coincidimos en necesidades. Sin embargo, ¿por qué reducir lo humano a sus necesidades básicas? El mundo no puede ser reducido a un hospital, a una sala cuna, a un consultorio, a una clínica, a un sanatorio, el ser humano es proyecto, no sólo deyocto, lo que funda el humanismo existencialista potencial: emprendedor, combativo, arriesgado.

El proyecto educativo, de pronto, es el proyecto más ancestral y también el más nuevo, el proyecto histórico humanista por excelencia, reconstructivo por excelencia. Una ciencia reconstructiva es una ciencia educativa, y una ciencia política, por ello se enseña, por ello se aprende, en ella se forma, se investiga, sin límites y sin fronteras. Esto es salud, no enfermedad, todavía en los linderos de la dialéctica que convoca a venir más que a la negación a la diferencia. El mito de la salud es por lo mismo ambivalente; es un mito entre proyecto y deyocto, salud y enfermedad, es un mito dialéctico: entre humanismo y humanitarismo, educación y clínica; formación, conocimiento, ciencia y curación, prevención; espíritu y cuerpo; proyección social y extensión; conciencia y comportamiento; placer y realidad, displacer; inmortalidad y mortalidad; eros y tánatos, vida y muerte.

Pero no sólo se quiere la salud, dice Savater, se quiere la salud de lo joven, se quiere el elixir de la eterna juventud, del goce y la felicidad plenas, quizá como una posibilidad de globalizar el consumo, ofreciendo alternativas para ser joven, sentirse joven, devenir joven. La salud deja de ser una opción y se vuelve una obligación para el funcionamiento social, una constatación permanente de conservación de la vida, del vigor que sirve no sólo para el trabajo sino para el confort y el goce extensos, una experimentación consigo mismo probando el límite del vigor: el deporte al aire libre, el gimnasio, las salas de estética, los deportes de riesgo, las caminatas, el paseo por el centro comercial, la visita al psicólogo, al médico, al cura.

¿Qué es lo que se integra en el saber psicológico para comprender ésta dialéctica entre la psicología como ciencia de la salud y la psicología como ciencia humana, social, por entre el comportamiento, el conocimiento, la conciencia y el inconsciente? Se integra su reconstrucción, su autocomprensión en modernidad, más allá del especialismo y la hiperespecialización ante su naturaleza científica humana, humana científica. La psicología logra comprenderse así en su propia dialéctica de modernidad, en su propio conjunto de modernidad. No en vano se ha preguntado ¿en qué consiste el discurso psicológico de la modernidad? ¿En qué consiste la modernidad como categoría psicológica?